

*La alta sociedad en la Buenos Aires
de la belle époque*

La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque

Sociabilidad, estilos de vida e identidades

Leandro Losada

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Alfredo Alfonso



Bernal, 2021

Colección Las ciudades y las ideas. Serie Nuevas aproximaciones
Dirigida por Adrián Gorelik

Losada, Leandro
La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque:
sociabilidad, estilos de vida e identidades / Leandro Losada. - 1a
ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2021.
378 p.; 23 x 15 cm. - (Las ciudades y las ideas / Adrián Gorelik;
Nuevas aproximaciones)

ISBN 978-987-558-745-8

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Clases Sociales. I. Título.
CDD 305.52

Ilustración de tapa: Ilustración de tapa: Autor desconocido,
“Día de carreras en el Hipódromo Argentino de Palermo”,
1903. Detalle de fotografía reproducida en *Buenos Aires
anteayer. Testimonios gráficos de una ciudad 1954-1910*,
Buenos Aires, Manrique Zago Ediciones, 1983

© Leandro Losada, 2021

© Universidad Nacional de Quilmes, 2021

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires,
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-745-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Prólogo a la presente edición. Balances y perspectivas	9
Introducción	23
I. ¿Quiénes eran? La composición de la alta sociedad	37
II. Los lugares de residencia	75
III. Convenciones familiares, horizontes personales	117
IV. La alta sociedad en busca del refinamiento	165
V. Los ritos de la vida de sociedad	225
VI. Retratos de la alta sociedad	275
VII. El eclipse del “mundo aristocrático”	307
Conclusiones	353
Apéndice	375

Prólogo a la presente edición

Balances y perspectivas¹

A trece años de la publicación de *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque*, reviso aquí sus lineamientos principales, preguntas y argumentos. El tiempo transcurrido desde 2008 habilita estas reflexiones y una mirada en perspectiva, a la luz de las líneas historiográficas afines que se afirmaron en la etapa posterior a su publicación y de mis propios trabajos realizados desde entonces.²

Las preguntas centrales que vertebraron este trabajo fueron tres: ¿cómo se configuró la fisonomía de las élites argentinas entre 1880 y 1920?;³ ¿cómo se construyó y expresó una posición social de preeminencia en esas décadas?; ¿qué relación hubo entre el alto mundo social y el resto de los actores y grupos sociales? Estas inquietudes se abordaron a través de dos objetos de estudio privilegiados: la composición de las élites de la ciudad de Buenos Aires a lo largo del período elegido, para lo cual fue necesaria una reconstrucción prosopográfica; y su mundo social, es decir, las relaciones personales y familiares, los espacios de sociabilidad y esparcimiento, los consumos y aficiones, las identidades. Se trata, por lo tanto, de un trabajo inscripto en problemas de

¹ *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque* se publicó en 2008 en la colección Historia y Política, dirigida por Juan Carlos Torre en Siglo XXI Iberoamericana, y obtuvo el Premio Especial Ricardo Rojas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (ex Premio Municipal) en la categoría Ensayo, por el bienio 2007-2009. Agradezco a Adrián Gorelik la posibilidad de esta reedición en la colección Las ciudades y las ideas de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, que me honra. Respecto de la edición original, se han introducido algunos cambios de redacción y estilo.

² En los párrafos que siguen, se citan solamente textos posteriores a la primera edición.

³ Al decir “argentinas” en una investigación abocada a Buenos Aires, no aludo a una superposición entre porteño o bonaerense y argentino, sino a que las élites de gravitación nacional desplegaron su acción desde Buenos Aires.

historia social y cultural interesado en la historia de las élites del pasaje del siglo XIX al XX.⁴

¿Por qué estos problemas, preguntas y objetos cimentaron la investigación? La contextualización historiográfica es necesaria para responder a este interrogante. El libro, cuya matriz fue mi tesis de doctorado, realizada entre 2000 y 2005 en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, se alimentó de coordenadas historiográficas de especial visibilidad en los años 1990, cuyas raíces se retrotraían a investigaciones pioneras de los años 1960, o bien a temas y abordajes consolidados con la renovación historiográfica ocurrida a partir de 1983.

La primera de esas coordenadas remite al período, el llamado fin-de-siglo, o, en un sentido más general, el arco temporal enmarcado entre la consolidación del Estado nacional en 1880 y el escenario desencadenado a mediados de los años 1910 por la conjugación de fenómenos internacionales, como la Primera Guerra Mundial, y locales, como los cambios en la vida pública al compás de la sanción del sufragio universal masculino, secreto y obligatorio en 1912 y el acceso de la Unión Cívica Radical al poder en 1916, la interrupción del crecimiento económico a raíz de la crisis desatada por el conflicto bélico internacional, y la proyección de los efectos de la inmigración masiva en la estructura social.

Es posible decir que en la producción historiográfica de los años 1990, este momento de la historia argentina concitó un marcado interés, y fue abordado desde diferentes agendas y problemas, como los estudios migratorios, los dedicados al funcionamiento, los límites y las características del “modelo agroexportador”, la historia urbana, o las renovaciones en la historia política (desde temas también muy diversos entre sí, como la participación ciudadana, los rasgos de la acción estatal, el funcionamiento y características de los partidos políticos, el estudio de las elecciones, el alcance y el grado de novedad de los sucesos desencadenados a mediados de los años 1910).

En esta dirección, la historia social, o los estudios enfocados en la historia de la sociedad argentina provenientes de otras disciplinas (como la sociología), también habían mostrado atención por el período, debido a la magnitud de las transformaciones ocurridas por entonces y su significado en la historia del país. Los estudios migratorios, ya señalados, pero también las investigaciones sobre el mundo del trabajo y los sectores populares, y el debate sobre la concepción de ese período como “modernización”

⁴ Para apreciaciones sobre el libro al momento de su publicación, véanse las reseñas aparecidas en: *Hispanic American Historical Review*, *Anuario IEHS*, *Polhis*, *Revista de Historia Iberoamericana*, *Prismas*, *Revista de Historia Intelectual*.

o, al menos, su carácter de bisagra entre la “Argentina criolla” del siglo XIX y la “Argentina cosmopolita y de masas” del siglo XX, son ejemplares al respecto. El impacto de todo ello en la cúspide de la sociedad era, sin embargo, un problema sobre el que había más sugerencias que investigaciones.

Es aquí donde resulta oportuno referir la segunda coordenada historiográfica sobre la que se apoyó este libro. Hacia fines de la década de 1990 e inicios de la de 2000, la historiografía académica sobre las élites argentinas no tenía demasiados antecedentes. Por poner un ejemplo, el impulso dado a la historia social a partir de 1983 había priorizado el estudio de los sectores populares o de los trabajadores, una historia “desde abajo”, en correspondencia con las referencias internacionales de las que se nutrió esa historiografía (desde el marxismo británico a la Escuela de *Annales*). Las élites sí habían sido, en cambio, un objeto de estudio para agendas de investigación abocadas al siglo XIX y al pasaje hacia el siglo XX procedentes de la historia política o de la historia económica.

Las controversias acerca del funcionamiento denominado elitista y oligárquico del sistema político (en especial, pero no exclusivamente, a partir de 1880), fue una de las áreas que incitaron un punto ya señalado, la renovación de la historia política en un amplio abanico de aspectos. A su vez, el perfil de los sectores propietarios de la Argentina agroexportadora era una inquietud de larga raíz en la producción intelectual, desde el ensayo y el texto de intervención política a las investigaciones realizadas por economistas o sociólogos, y que, a partir de la ya referida renovación del campo académico de 1983 en adelante, cobró gravitación en sede historiográfica. Uno de los aportes más relevantes acerca de esta cuestión fue la revisión de las denominaciones más usuales de la élite terrateniente (parasitaria, especulativa, oligárquica, inclusive feudal) y la demostración convincente de que se había tratado de un empresariado capitalista con acciones modernizadoras en el sector agropecuario. En síntesis, las élites como objeto de estudio habían despertado más interés en la historia política o económica que en la historia social propiamente dicha, al menos para el período enmarcado entre 1880 y 1916.⁵

Un tercer aspecto a tener en cuenta es qué tipo de aproximación prevalecía por entonces en los estudios históricos sobre élites. Sobre este punto, cabe decir que si las preguntas, como recién se apuntó, provenían más de la historia política o económica que de la historia social, el objeto

⁵ L. Losada, “Las elites y los ‘males’ de la Argentina. Juicios e interpretaciones en tres momentos del siglo XX”, *Desarrollo Económico*, vol. 54, N° 214, 2015, pp. 387-409. Véase también C. Altamirano y A. Gorelik (eds.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

privilegiado había sido la familia como unidad de análisis antes que agregados sociales más amplios. Esta tendencia, además de no ser exclusiva de la historiografía argentina (la investigación latinoamericanista sobre élites fue pródiga en estudios de familia entre las décadas de 1970 y 1990), puede explicarse por varias razones, pero entre ellas sobresalía la insatisfacción o el diagnóstico de agotamiento sobre la pertinencia o la idoneidad de estudiar grupos o clases sociales, a raíz de la crisis de los estructuralismos iniciada en los años 1970 y acelerada más tarde por el impacto de los procesos abiertos en 1989. Frente a ello, una de las opciones más transitadas fue detenerse en formaciones sociales que conjugaran una reducción de la escala y una ampliación de la densidad de fenómenos al alcance del historiador, siendo las familias, o, en otro sentido, las redes sociales, las elecciones más frecuentes.

Desde ya, hubo otras formas de investigación histórica de las élites, que revelan, al igual que la atención por la familia o las redes sociales, los problemas y a la vez las maneras en que la historia social afrontó los dilemas derivados de los cambios epistemológicos producidos en los últimos años del siglo xx.⁶ Entre ellas, deben mencionarse la historia de la vida privada⁷ e investigaciones que destacaron la ubicación urbana y la relación entre prácticas sociales y apropiaciones simbólicas de espacios públicos en las formas de distinción social de las élites del siglo xix latinoamericano. En este campo, un libro de referencia para este trabajo fue *Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX*, de Jeffrey Needell, que, de hecho, integra también la colección Las ciudades y las ideas de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.⁸

Los aspectos recién señalados (el interés por el fin-de-siglo, la escasez de investigaciones dedicadas a la historia social de las élites en la historiografía argentina, la prevalencia de la familia o de las redes sociales como formas de investigación en historia social y los aportes de enfoques como la

historia de la vida privada o la conjugación de historia urbana e historia social), fueron, entonces, las coordinadas historiográficas que oficiaron como contexto de producción de este libro. Es decir, el diagnóstico que fundamentó la relevancia de una investigación abocada a reconstruir el conjunto del universo y de la composición de las élites de Buenos Aires del pasaje del siglo xix al xx, con dos propósitos fundamentales. Por un lado, trazar una caracterización histórica que permitiera discutir las opciones más usuales para denominarlas (como oligarquía) o los lugares comunes más frecuentados para retratar sus elencos (como asociar la élite económica terrateniente con el conjunto de la élite social). Por otro, mirar desde el particular ángulo que brindaba una “historia desde arriba” atenta a las prácticas de distinción en su interacción con el contexto social y urbano de la Buenos Aires del cambio de siglo, la metamorfosis de la sociedad en un momento de singular efervescencia, y sobre ello, indagar un problema más amplio, las relaciones posibles entre distinción e igualdad en la sociedad argentina.

En esta dirección, uno de los argumentos centrales del libro es que la existencia de una élite social, entendiendo por ella un conjunto de familias destacadas por su distinción y prestigio y vinculadas por un sentido de pertenencia, fue el resultado de un proceso histórico trabajoso, también exitoso, pero relativamente breve en su duración. Difícil, porque la edificación de pertenencia y sociabilidad no fue sencilla, debido a que la alta sociedad tuvo una importante diversidad en su composición y un pasado de rencores cuando no de enfrentamientos entre sus integrantes (como los que habían existido entre “porteños” y “provincianos”). Exitoso y a la vez breve, a raíz de que el esplendor de este sector social fue notable, en términos materiales y simbólicos, pero a su vez algo efímero, pues cobró consistencia después de superada la crisis de 1890 y comenzó a mostrar señales de agotamiento a mediados de los años 1910. Estas señales fueron de dos tipos: internas, causadas por el cambio en conductas y aficiones que se aceleraron después de la Primera Guerra Mundial y que provocaron un extrañamiento entre las generaciones mayores y las jóvenes, y externas, resultantes de la pérdida de referencialidad de la alta sociedad como consecuencia de un contraste cada vez más pronunciado entre su estilo de vida dispendioso y despreocupado y la respetabilidad anclada en la meritocracia y la austeridad que se había afirmado en una sociedad marcada por la inmigración. Tal como sugirió Carlos Altamirano en un comentario que realizó sobre el libro en un seminario,⁹ y pude argumen-

⁶ M. Á. Cabrera (ed.), “Más allá de la historia social”, dossier en *Ayer. Revista de historia contemporánea*, vol. 2, N° 62, 2006.

⁷ Para el caso argentino, y el período abordado en este libro, véanse R. Cicerchia, *Historia de la vida privada en la Argentina. Desde la Constitución de 1853 hasta la crisis de 1930*, Buenos Aires, Editorial Troquel, 1998; F. Devoto y M. Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina 2. La Argentina plural, 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

⁸ J. Needell, *Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012 (edición original: *A Tropical Belle Epoque. Elite Culture and Society in turn-of-the-century Rio de Janeiro*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987). Véase también M. Vicuña, *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001.

⁹ Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura “Oscar Terán”, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires, 25 de julio de 2008.

tar en trabajos posteriores,¹⁰ este proceso de ocaso o desdibujamiento no puede pensarse en bloque, sino con ritmos y tiempos diferentes a lo largo de los años 1920 y 1930, según qué dimensión de la vida social se tenga en cuenta (la política, la económica, la cultural).

El libro propone, entonces, que el fenómeno elitista en la Argentina tuvo bases menos firmes de lo que suele pensarse, una conclusión a resaltar, al surgir del estudio de un período particularmente favorable para quienes ocupaban la cima de la sociedad, por ejemplo en términos de concentración de la riqueza (de ahí la referencia en el título a una *belle époque*), y que la consistencia de la alta sociedad como grupo social fue un fenómeno más visible desde “afuera” (por ejemplo, desde los retratos o semblanzas que circulaban sobre ella en la prensa o en diversos testimonios contemporáneos) que desde “adentro”, pues al explorar sus dinámicas internas sobresalen recelos y solidaridades frágiles que la sociabilidad compartida no pudo erradicar, y cuya persistencia tuvo en las tensiones políticas una de sus razones fundamentales.¹¹

Al mirar en perspectiva, entonces, esta investigación, una de las primeras impresiones que se recorta es que las coordenadas historiográficas de las que fue deudora y un emergente se han desdibujado. En primer lugar, el fin-de-siglo como período de estudio ha perdido visibilidad y centralidad respecto del que tuvo 15 o 20 años atrás. Después de la edición original de *La alta sociedad...*, por supuesto, se han publicado trabajos que ya son referencia en la historia política,¹² la historia del Estado,¹³ la historia intelectual y de los intelectuales,¹⁴ la historia económica,¹⁵ o la propia historia social y cultural de las élites¹⁶ en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX.

¹⁰ L. Losada, *Historia de las elites. Desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

¹¹ L. Losada, “La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)”, *Entrepasados. Revista de Historia*, N° 31, 2007, pp. 81-96.

¹² P. Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010; M. Castro, *El ocaso de la república oligárquica: poder, política y reforma electoral, 1898-1912*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

¹³ M. Plotkin y E. Zimmermann (comps.), *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, Edhasa, 2012; M. Plotkin y E. Zimmermann (comps.), *Las prácticas del Estado. Política, sociedad y élites estatales en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

¹⁴ P. Bruno, *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; P. Bruno (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

¹⁵ P. Gerchunoff, F. Rocchi y G. Rossi, *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

¹⁶ S. Gayol, *Honor y duelo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008 (este libro

Sin embargo, no es desatinado afirmar que el lugar del cambio de siglo en la agenda historiográfica argentina ha perdido vigor, si se lo compara con las investigaciones volcadas a momentos anteriores del siglo XIX (las décadas que van de 1810 a 1880, sobre todo, han sido decisivas en la renovación de la historia política),¹⁷ o, desde ya, con el interés que ha adquirido la segunda mitad del siglo XX, en especial las décadas de 1960 y 1970, para las que existen, ciertamente, investigaciones que también ya ocupan un lugar de referencia en la historiografía social argentina.¹⁸

En segundo lugar, las élites como objeto de estudio y las formas mismas de hacer historia social han experimentado cambios y reorientaciones en los últimos 15 años. Retomando un punto ya señalado, y refiriendo una tendencia que trasciende la historiografía argentina, la investigación en historia social ha desplazado sus preguntas y sus objetos, como resultado, a su vez, de cambios epistemológicos y metodológicos.

Los estudios culturales, por un lado, han ganado primacía sobre formas más clásicas de hacer historia social, como parte de un giro culturalista más amplio en el estudio histórico de los fenómenos sociales. Por otro, la agenda de la investigación social se ha renovado bajo el impulso de los estudios de género, las perspectivas atentas a la conjugación de las dimensiones étnicas con las sociales, las investigaciones sobre grupos subalternos, la historia de las emociones, la historia de las mujeres, o la historia de agregados colectivos definidos por variables etarias o generacionales antes que sociales u ocupacionales, como la infancia, la juventud o la vejez.¹⁹ Varios de los trabajos ya citados son exponentes de estos cambios,

se publicó prácticamente en simultáneo con *La alta sociedad...*); R. Hora, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

¹⁷ B. Bragoni y E. Míguez (coords.), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos, 2010; H. Sabato y M. Ternavasio (coords.), *Variaciones de la República. La política en la Argentina del siglo XIX*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2020.

¹⁸ E. Adamovsky, *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2009; I. Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010; S. Carasai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; V. Manzano, *La era de la juventud en Argentina: cultura, política, y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, FCE, 2017.

¹⁹ Véase nota anterior; D. Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; R. Fradkin y G. Di Meglio (comps.), *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013; M. Z. Lobato, *Infancias argentinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2019; H. Otero, *Historia de la vejez en la Argentina (1850-1950)*, Rosario, Prohistoria, 2020; R. Salvatore, *La Confederación Argentina y sus subalternos: integración estatal, política y derechos en el Buenos Aires posindependiente (1820-1860)*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2020.

así como también lo son otras investigaciones recientes abocadas al cambio del siglo XIX al XX.²⁰

Paralelamente, y sin olvidar toda una tradición historiográfica consolidada en la Argentina sobre el mundo del trabajo y los sectores populares, han sido las clases medias, y no las élites, las que han recibido mayor atención en la historiografía social argentina en años recientes, y alrededor de las cuales, incluso, han surgido visiones o miradas distintas.²¹

Por su parte, los trabajos más importantes sobre élites decimonónicas en los últimos años están inscriptos en la historia intelectual o en la historia política, sobre todo (aunque no exclusivamente), para las décadas de la construcción del Estado entre 1850 y 1880. Y cabe decir que la renovación de la historia política sobre el período, de hecho, ha avanzado en esa tarea no solo ni principalmente problematizando el desempeño de las élites, sino desplazando su centralidad como objeto de estudio, debido a su propósito de revisar tópicos y argumentos asociados a una historia política usualmente mirada “desde arriba”.²²

¿Qué balance o qué perspectiva trazar, entonces, sobre el libro y sus argumentos, teniendo en cuenta este devenir historiográfico? Por un lado, se puede sostener que la historia contada en el libro sigue siendo productiva a nivel hipótesis, como puede verse en investigaciones dedicadas a escenarios diferentes a Buenos Aires, como Mar del Plata y Córdoba, y para las cuales las familias tradicionales, o en un sentido más amplio, los espacios de élite, son objeto de interés.²³

En segundo lugar, y entrando en un registro autorreferencial difícil de evitar en este tipo de balance, las investigaciones que realicé en los años posteriores a 2008 muestran también, a su modo, algunos de los desplazamientos historiográficos aludidos líneas arriba, tanto en las decisiones metodológicas como en lo que respecta a los problemas de investigación. En líneas generales, continué trabajando el mismo universo social y el mismo grupo de problemas (los alcances y características del fenómeno

elitista en la historia argentina), pero cambiaron las perspectivas de análisis, las preguntas y las cronologías.

Así, en algunos trabajos profundicé aspectos tratados en el libro, como las relaciones de parentesco y los enlaces matrimoniales, avanzando hasta la década de 1940, o los retratos públicos de la élite entre los años 1920 y 1930.²⁴ En otras investigaciones, hubo un cambio de escala en los objetos de estudio, hacia la historia de la familia (los Senillosa, en una investigación hecha en colaboración con Roy Hora) y hacia la biografía (de Marcelo T. de Alvear).²⁵

Este cambio de escala se complementó con la ampliación del arco temporal respecto del estudiado en *La alta sociedad...*, ya que la historia de la familia Senillosa cubrió un período comprendido entre 1810 y 1930, mientras que la biografía de Alvear exigió estudiar detenidamente las décadas de 1920 y 1930, es decir, los años en los que culmina este libro. La ampliación cronológica había tenido ya una primera aproximación en el trabajo que sucedió a *La alta sociedad...*, una historia de las élites argentinas publicada en 2009, y apoyada en investigaciones propias y en el conjunto de la producción historiográfica disponible por entonces.²⁶ Con relación a las preguntas, hubo un desplazamiento desde la historia social y cultural a la política o, en todo caso, a la actuación pública de miembros de la élite, una dimensión de estudio lateral en la investigación anterior.

Mirando este libro desde esos trabajos posteriores, quisiera hacer entonces algunas observaciones. La historia de la familia Senillosa, por ejemplo, mostró, entre otras cosas, que las referencias culturales europeas, destacadas como rasgo distintivo del “refinamiento” en *La alta sociedad...*, no necesariamente fueron un repertorio unánimemente celebrado por las familias de élite (la admiración por los Estados Unidos y cierto desdén por Europa fueron marcas perdurables en la idiosincrasia de esta familia),²⁷ o que la declinación económica, y con ella, una pertenencia

²⁰ C. Allemandi, *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*, Buenos Aires, Teseo, 2017; M. Bjerg, *Lazos rotos. La inmigración, el matrimonio y las emociones en la Argentina entre los siglos XIX y XX*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2019.

²¹ E. Adamovsky, *op. cit.*; R. Hora y L. Losada, “Clases altas y medias en la Argentina, 1880-1930. Notas para una agenda de investigación”, *Desarrollo Económico*, vol. 50, N° 200, 2011, pp. 611-630.

²² H. Sabato y M. Ternavasio, *op. cit.*

²³ V. López, “Sociabilidad de elites, ‘alta cultura’ y poder simbólico en Córdoba, 1876-1918”, tesis de doctorado, Universidad Nacional de Córdoba, 2019; E. Pastoriza y J. C. Torre, *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos*, Buenos Aires, Edhasa, 2019.

²⁴ L. Losada, “Marriage Market, Social Status and Cultural Patterns: The Case of Traditional Argentine Families between 1900 and 1940”, *Journal of Family History*, vol. 37, N° 4, 2012, pp. 364-380; L. Losada, “El mercado matrimonial de las familias tradicionales argentinas, 1900-1940. Algunas dimensiones y tendencias”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, N° 82, 2012, pp. 129-151; L. Losada, “Convenciones culturales y estilos de vida. La elite social de la Argentina de entreguerras en las crónicas sociales de la revista Caras y Caretas (1917-1939)”, *Social and Education History*, vol. 2, N° 2, 2013, pp. 152-175.

²⁵ R. Hora y L. Losada, *Una familia de la elite argentina. Los Senillosa, 1810-1930*, Buenos Aires, Prometeo, 2016; L. Losada, *Marcelo T. de Alvear. Revolucionario, presidente y líder republicano*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

²⁶ L. Losada, *Historia de las élites*, *op. cit.*

²⁷ Véase también L. Losada (estudio preliminar y selección de textos), *Esplendores del Cente-*

nominal más que sustantiva al alto mundo social, que finalmente no logró impedir el declive social, pudieron ocurrir en momentos más tempranos al que se recorta cuando se mira a la élite en su conjunto (las dificultades económicas de los Senillosa comenzaron a ser evidentes en la primera década del siglo xx).

Por su parte, el panorama que se desprende de los trabajos que realicé para los años 1930 e inicios de los años 1940 agrega matices a otras consideraciones del libro. Uno de los puntos importantes es con relación a la composición social. A medida que se avanza en el período de 1880 a 1920 las pautas matrimoniales pasaron de ser relativamente permeables a cada vez más cerradas (a raíz de lo cual la alta sociedad delineó su elenco distintivo: familias porteñas de orígenes coloniales, familias de provincias del interior también antiguas, y familias fundadas por extranjeros llegados con anterioridad a la inmigración masiva desencadenada a partir de 1880), y ese cierre coincidió con el apogeo de la alta sociedad, aunque también incidió en su progresivo declive, al impedir su renovación (véanse el capítulo I y las conclusiones del libro). El estudio de los enlaces matrimoniales de los años 1930 y 1940 confirmó ambas cosas: una tendencia al cierre a nuevos integrantes y, a la vez, un proceso de declinación de miembros de la alta sociedad, como lo sugiere el aumento de casamientos con apellidos ajenos a ese universo y de visibilidad pública o social mínima (proceso que, como se dijo, también se constató en el estudio de la familia Senillosa).

En tercer lugar, continuando en el tiempo lo analizado en los capítulos VI y VII, el retrato que algunos medios de prensa populares o de circulación masiva, como *Caras y Caretas*, hicieron de la élite en los años 1920 y 1930 no fue el de un círculo tradicionalista y atrapado en el pasado, sino, al contrario, el de un grupo social inmerso en una vida social definida por todas las novedades de la época, desde el jazz a la vida nocturna desenfrenada. Una élite más cercana a *El gran Gatsby* que a *Don Segundo Sombra*. Y el énfasis de esos retratos fue condenatorio, no celebratorio, por su oposición a una sociedad que esos mismos medios periodísticos caracterizaban como basada en el esfuerzo y el trabajo, y, a partir de la década de 1930, inmersa en dificultades económicas.²⁸

Este punto complementa o refuerza un argumento presente en el libro: el desencuentro entre la sociedad y la élite no tuvo solo que ver con su desempeño público (sus giros reaccionarios o autoritarios –volveré ense-

nario. *Relatos de la elite argentina desde Europa y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

²⁸ L. Losada, “Convenciones culturales y estilos de vida...”, *op. cit.*

guida sobre este tema–), sino también con sus conductas privadas (ciertamente volcadas a la luz pública). El punto sugerente es, entonces, que esas conductas no se definieron contemporáneamente como reaccionarias o como resabios nostálgicos, propias de una élite alejada de la realidad por obsoleta, sino como modernas, inclusive transgresoras, y también, desde ya, frívolas. Esto es sugestivo porque incita a señalar que es en la sociedad de clases medias gestada a lo largo de los años 1920 y 1930, más que en la élite, donde se habría afirmado cierto conservadurismo moral, al menos tal como permiten advertirlo, precisamente, las semblanzas que circularon en la opinión pública sobre la élite y su estilo de vida.

Ahora bien, el extrañamiento e incluso la oposición entre la élite y la sociedad también tuvo razones en su actuación pública. Este tema, como indiqué, no es uno de los problemas vertebrales de *La alta sociedad...* Por ello me dediqué a él posteriormente, y al respecto quisiera hacer aquí un breve comentario para concluir esta presentación.

En general, la mirada prevaleciente sobre la actuación pública de la élite tradicional entre los años 1910 y 1940 es que pasó de la adhesión a la democracia al autoritarismo, o al menos al conservadurismo, y al desprecio por la sociedad de masas. En sus conclusiones, el libro, aun de manera atenuada, continúa más que discute este retrato. Semejante caracterización, considero actualmente, merece problematizarse.²⁹ Por un lado, por algo ya referido: el conservadurismo es un fenómeno con distinta visibilidad y significado según qué aspectos del alto mundo social de las décadas de 1920 y 1930 se decida observar. Es plausible sostener que en las familias tradicionales conservadurismo político y “modernidad” social no fueron recíprocamente excluyentes.

Pero, en segundo lugar, la caracterización de una élite políticamente conservadora e inclusive autoritaria debe revisarse, porque a menudo uniformiza qué significaba ser políticamente conservador (no era necesariamente contradictorio profesarse conservador y demócrata), y porque proyecta al conjunto posiciones políticas que circularon solo en parte de su elenco.³⁰ No todos los integrantes de la élite que procedían de familias patricias o tradicionales, y que se desempeñaron en la vida pública, repudiaron la democracia o se entusiasmaron con los autoritarismos en auge en el Occidente de los años 1920 y 1930. El caso de Marcelo T. de Alvear es ejemplar al respecto. Ciertamente, avaló el golpe de Estado de 1930,

²⁹ L. Losada (comp.), *Política y vida pública. Argentina, 1930-1943*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017.

³⁰ L. Losada, “Liberalismo y derechas en la Argentina, 1912-1943. Apuestas interpretativas, posibilidades y límites”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 24, 2020, pp. 219-225.

pero, a diferencia de otros contemporáneos, esa desafortunada decisión (que gravitó sobre toda su trayectoria pública posterior como un antecedente oprobioso) fue el resultado de sus tensiones con Hipólito Yrigoyen, más que de una convicción política por los autoritarismos.³¹ Ahora bien, el caso de Alvear también muestra que la adhesión a la democracia, y una vida política en buena medida guiada por la búsqueda de afirmar la democracia liberal (así lo prueba el período de su mayor protagonismo político, entre 1931 y su muerte en 1942), no resultaron suficientes para mantener o alcanzar reconocimiento social y político.³² ¿Por qué fue así?

Alejando el lente de observación del caso específico de Alvear y de las vicisitudes particulares y puntuales que entramaron el rumbo de su carrera política, entiendo que la respuesta debe contemplar un tema sí presente en *La alta sociedad...*, aunque no explorado en toda su profundidad: el significado y el alcance de la identidad que la élite se dio a sí misma en sus afanes de edificar distinción en la Argentina del fin-de siglo, según la cual componía un patriciado o una aristocracia republicana.

Estas marcas identitarias tuvieron algo más que una connotación social, es decir, no fueron solo sinónimos de distinción o refinamiento. Incluyeron asimismo una proyección pública o política. De acuerdo a esta autorrepresentación, quienes integraban un círculo social de semejantes características eran la élite idónea para el país. Y esto era así, no por orígenes genealógicos, sino por méritos personales y familiares en la construcción de la Argentina como nación. La historia personal o familiar se superponía con la del país, y demostraba quiénes eran los mejores en una sociedad de iguales. Afirmar distinción pública por virtudes personales intrasferibles y reconocer la naturaleza democrática de la Argentina no eran principios contradictorios sino conciliables. Un aristócrata republicano no era lo opuesto a la democracia, o podía existir solo en una sociedad jerárquica o antiigualitaria, sino que era el resultado más cabal y legítimo de una sociedad democrática.³³

³¹ L. Losada, “República, democracia, libertad. Marcelo T. de Alvear y las ideas políticas en la Argentina de las décadas de 1920 y 1930”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 20, 2016, pp. 63-84.

³² L. Losada, “Oligarquía, aristocracia y nación. La Argentina de los años treinta según Marcelo T. de Alvear”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 44, 2016, pp. 108-134.

³³ L. Losada, “Aristocracia y democracia. Representación política y distinción social en la Argentina, 1810-1930. Un ensayo de interpretación”, *Revista Economía y Política*, vol. 4, N° 1, 2017, pp. 5-36. Formulaciones semejantes, por lo demás, tampoco fueron exclusivas de la élite argentina como respuesta a la afirmación de la sociedad democrática. Véase B. Manin, *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza, 1998.

Ahora bien, esta identidad sí dio lugar a diferentes e incluso opuestas maneras de concebir el papel público que le cabía a una élite que se asumía con tales rasgos una vez que la sociedad de masas y el sufragio universal –masculino–, al volverse secreto y obligatorio, se afirmaron en la Argentina a partir de la década de 1910. La compartida percepción de integrar una aristocracia republicana se proyectó en miradas disímiles sobre la vida pública y sobre el rol a tener en ella. Por un lado, se delineó una noción patrimonialista y eventualmente autoritaria, según la cual la conducción política debía estar en manos de quienes habían edificado el país, y si esta era amenazada por la política democrática, era necesario, incluso legítimo, suspenderla. Por otro lado, hubo una noción paternalista, que reconocía y aceptaba la democracia, pero que, por sus mismas características, contenía una perspectiva elitista, de acuerdo a la cual solo la aristocracia republicana podía conducir virtuosamente una sociedad democrática.³⁴

Las dificultades de la élite para comprender, y desde allí, para retener su lugar como tal en la sociedad de masas en la que se transformó la Argentina a lo largo de la primera mitad del siglo xx se debieron a un abanico muy amplio de factores, desde la evolución de la situación patrimonial a prácticas y decisiones familiares, incluyendo desde ya el cambio en la misma estructura social que se perfiló durante la primera mitad del siglo pasado, como este libro procura mostrar.

Pero, entonces, si la atención se dirige a los diagnósticos y desempeños en la vida pública, el extrañamiento entre la élite y la sociedad no fue solo resultado de giros conservadores o autoritarios. Por un lado, porque también se advirtió entre quienes tuvieron perspectivas menos reactivas, y entendieron que la democracia era el destino político, si no deseable, al menos inexorable o inevitable para el país.³⁵ Por otro lado, porque las torsiones conservadoras o autoritarias no fueron fruto solamente de cambios ideológicos o desencantos políticos. En ellas incidieron sensibilidades forjadas en el mundo privado o inicialmente promovidas por circunstancias alejadas de la política, como la construcción de distinción social. Concebirse como una aristocracia republicana alimentó en la élite gestos reaccionarios, conservadores, autoritarios o paternalistas, todos los cuales, en

³⁴ L. Losada, “El ocaso de la ‘Argentina liberal’ y la tradición republicana. Reflexiones en torno a los discursos públicos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Marcelo T. de Alvear, 1930-1943”, *Estudios Sociales*, N° 54, 2018, pp. 43-66.

³⁵ L. Losada, “Soberanía y libertad. Balances y diagnósticos de Mariano de Vedia y Mitre sobre el liberalismo (Argentina, 1920-1950)”, *Anuario IEHS*, vol. 33, N° 2, 2018, pp. 39-60; L. Losada, “¿Presidente o Príncipe? Una crítica maquiaveliana a Roque Sáenz Peña y la reforma electoral de 1912”, *Quinto Sol. Revista de Historia*, vol. 25, N° 1, 2021, pp. 1-18.

última instancia y a pesar de sus contrastes recíprocos, no sintonizaron con la sociedad.³⁶

En suma, y acudiendo a expresiones más clásicas, la identidad de “clase” de la élite tuvo un componente republicano, sin el cual es difícil entender históricamente las complicaciones de este grupo social para posicionarse en la Argentina de la primera mitad del siglo xx. El elitismo republicano subyació (es sugerente pensar, incluso, que configuró) al elitismo autoritario y al elitismo democrático que se extendieron entre sus miembros, en especial de mediados de los años 1910 en adelante.

Desde este punto de vista, la historia de la alta sociedad del fin-de-siglo arroja evidencias para entender su actuación pública entre las décadas de 1910 y 1940, pero también para otro problema de la historia (y de la historiografía) argentina: las formas y características del republicanismo (en este caso, como ingrediente de una identidad social antes que como tradición política o propuesta doctrinaria) y sus vínculos con el autoritarismo y la democracia.

Introducción

Los argentinos que tiraban manteca al techo en París; los hombres solemnes vestidos de galera y frac, y las mujeres ataviadas con ampulosos vestidos y llamativos encajes, dirigiéndose en lujosos carruajes tirados por caballos y con chofer, al Hipódromo o a Palermo por la tarde o al Colón por la noche; los jóvenes calaveras; los malcriados y vanidosos niños bien. El lector elegiría o al menos reconocería muchas de estas estampas si tuviera que evocar con algunos trazos generales a la “clase alta” porteña del novecientos y a su estilo de vida. No es demasiado sorprendente que así sea. La literatura, los registros gráficos de la época (como los de la prensa, después divulgados por documentales televisivos y cinematográficos) o el tango han contribuido a que este tipo de imágenes perduren en la memoria colectiva. Vestigios más concretos y cotidianos, como los que brinda la arquitectura, están aún allí como símbolos del pomposo nivel de vida de la alta sociedad: las mansiones de Barrio Norte y Recoleta, el cementerio del mismo nombre, o el Teatro Colón, son postales distintivas de la ciudad, surgidas en los primeros años del siglo xx y asociadas a los sectores encumbrados de ese entonces. En un plano más general, semejantes retratos han mantenido su vigencia porque condensan los atributos que sobre la época han sobrevivido en el saber convencional: la prosperidad y la concentración del poder político y económico. La “Argentina granero del mundo” de la “oligarquía”, en contraste con la Argentina popular y de masas que sobrevendría con su ocaso a partir de mediados de la década de 1910.

El protagonista de las páginas que siguen, por lo tanto, es en principio un actor conocido. ¿Por qué, entonces, escribir un libro sobre él? Frente a esto hay que responder, en primer lugar, que toda investigación nace de una insatisfacción, de la ausencia de respuestas para determinadas preguntas, o por la existencia de respuestas a esas preguntas que no resultan convincentes.

³⁶ L. Losada, “El ‘régimen oligárquico’ y la aristocracia republicana. Identidades sociales y proyecciones políticas”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 65, 2017, pp. 135-157.

Al respecto, debe decirse que las semblanzas antes enumeradas no son completamente erróneas, pero sin embargo no han estado acompañadas, en general, de una exploración en profundidad sobre por qué la alta sociedad porteña asumió esas formas de vida. Es decir, ¿por qué el afán por ser “europeo”? ¿Cómo entender el interés por mostrar, a menudo sin cuidar los riesgos de la ostentación, la riqueza y la fortuna? ¿Qué motivó las inquietudes en materia de educación del gusto, fuera el culinario o el artístico? ¿A qué se debió la preocupación por refinar hasta los modales más elementales, como los gestos o las formas de conversar o de relacionarse con los demás?

Existen trabajos, muy minuciosos, que ofrecen todo un inventario sobre las modas, consumos y pasatiempos que se arraigaron en el cambio del siglo XIX al XX, pero que no muestran la misma atención al momento de responder a qué se debió su éxito.¹ Y este es un vacío importante cuando se pone en perspectiva el lujoso estilo de vida del novecientos. Debe tenerse en cuenta que hasta el tercer cuarto del siglo XIX el panorama era diferente. A pesar de los esfuerzos que la alta sociedad porteña venía dándose por estar a la altura del mundo civilizado (es decir, del europeo) en sus usos y costumbres, con sus primeros atisbos en la época de Rivadavia, en los años 1820, pero con mayor decisión después de la caída de Rosas en 1852, los sectores encumbrados de Buenos Aires estaban signados por un provincianismo y una sencillez –cuando no tosquedad– notoria aún en el último tercio del ochocientos. Entre 1880 y el Centenario de 1910 se produjo en la vida de la alta sociedad un cambio cultural muy profundo, y, por ende, vertiginoso, que es en sí mismo un problema relevante de ser investigado.

Con todo, este problema no ha merecido hasta el momento demasiada atención de parte de la investigación más rigurosa y académica, un punto a destacar teniendo en cuenta que existen trabajos fundamentales sobre las élites del período, que han venido a objetar un tópico clásico, la caracterización de los sectores dominantes de la época como una oligarquía omnipotente.²

¹ Véase por ejemplo A. Carretero, *Vida cotidiana en Buenos Aires. 2. Desde la organización nacional hasta el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1864-1918)*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

² Esta caracterización es emblemática, por ejemplo, del revisionismo histórico. Véase, entre otros, R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamérica, vol. 1, 1986, pp. 133-157. También se advierte en versiones de divulgación más amplia, como el documental fílmico *La república perdida*, estrenado poco después de la restauración democrática de 1983. Con énfasis singulares, su influencia también está presente en cierta historiografía académica, como por ejemplo D. Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 14-17, 36-37, 1975; T. McGann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema*

Los estudios más consistentes sobre la historia política, económica y de las ideas del cambio del siglo XIX al XX han subrayado un conjunto de factores que quitan solvencia a aquel retrato de la “oligarquía”. Las difíciles relaciones entre la clase política y las élites económicas; las fracturas y los conflictos que atravesaron a la clase política durante el régimen oligárquico y su debilidad –cuando no error de cálculo– para prever las consecuencias de la reforma electoral de 1912 que ella misma impulsó y para reposicionarse en el nuevo escenario definido por el sufragio masculino universal, secreto y obligatorio; los vínculos no siempre armoniosos entre el Partido Autonomista Nacional (el oficialismo durante el “orden conservador” de 1880-1916) y el grupo económico de mayor importancia de la época, los terratenientes pampeanos; los problemas de estos últimos para construir con éxito un lugar propio en la política; y la renovación en los elencos políticos y económicos ocurrida a lo largo de estos años, son todos puntos que han debilitado la concepción de los sectores dominantes como un círculo todopoderoso, cerrado y estrecho, homogéneo, monolítico y sin conflictos internos, como lo sugiere la convencional caracterización de la oligarquía.³ Esta es una discusión que estará presente en este trabajo, en especial al momento de indagar la composición de la alta sociedad, auscultar sus grados de cierres y de aperturas, la homogeneidad que recubrió a los orígenes y a las trayectorias de sus integrantes, y las cuotas de poder o de riqueza que detentaron.

A pesar de los aportes ofrecidos para enriquecer la semblanza de las élites del novecientos y de brindar lineamientos sugestivos para la reflexión, no ha habido una línea consolidada de investigaciones que específica-

interamericano, Buenos Aires, Eudeba, 1960. Si bien más atenuada, aparece también en D. Rock, *Argentina 1516-1987: Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Buenos Aires, Alianza, 1989, pp. 206-249.

³ N. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; T. Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1999; T. Halperin Donghi, “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)”, *Cuadernos de Historia Regional*, Universidad Nacional de Luján, N° 15, 1992; R. Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; E. Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana / Universidad de San Andrés, 1995; E. Zimmermann, “La sociedad entre 1870 y 1914”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la nación Argentina. 4. La configuración de la República Independiente (1810-c. 1914)*, Buenos Aires, Planeta, 2000; F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, 2002, Siglo XXI; P. Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana / Universidad de San Andrés, 2000; L. Losada, “¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 87, N° 1, febrero, 2007, pp. 43-75.

mente se concentrara en las dimensiones más propiamente sociales del alto mundo porteño; en las relaciones entre estatus, poder y riqueza, en las esferas de sociabilidad, en los usos y costumbres, en las formas de vida. Existen algunos trabajos pioneros, por ejemplo, sobre los clubes más prestigiosos, que no han gozado de un corpus de investigaciones que los haya retomado sino hasta bastantes años después.⁴ En los últimos años han aparecido estudios que han brindado contribuciones sobre el alto mundo porteño a partir del análisis de ciertas prácticas puntuales.⁵ Otros estudios, sugestivos a pesar de no concentrarse en la alta sociedad, útiles y provechosos para poner en contexto su estilo de vida, son aquellos que se han dedicado a analizar la fenomenal expansión que tuvo el consumo en la ciudad de Buenos Aires entre los años finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX.⁶

Aun así, la historia social de dicho período no ha tomado hasta ahora a la alta sociedad como uno de sus ejes centrales, sobre todo si se la compara con la atención que han obtenido otros protagonistas de la época, como los inmigrantes o los sectores populares.⁷ También es un vacío elocuente si se tiene en cuenta que las historiografías europea y norteamericana sí reconocen una tradición de estudios más arraigada al respecto y que, para otros casos latinoamericanos, hay trabajos que han abordado el mundo social y los estilos de vida de sus élites en el ocaso del siglo XIX y

el amanecer del XX, para los cuales es difícil encontrar un equivalente en Buenos Aires.⁸

El presente libro, por lo tanto, aspira a ser un aporte que contribuya a saldar esta cuenta pendiente en la historiografía, la historia de la alta sociedad de Buenos Aires entre las décadas de 1880 y de 1920. Un punto que merece una aclaración desde un principio es la forma de denominar al personaje aquí estudiado. Se podrían pensar distintas alternativas, como clase alta o aristocracia. Aun siendo ilustrativas en un sentido coloquial, tienen aristas controvertidas desde una dimensión analítica. Sobre todo, porque dan por evidentes aspectos que en esta investigación son problemas o interrogantes a explorar.

El concepto *clase* es en sí mismo complicado, porque no ha habido definiciones precisas o, mejor dicho, plenamente consensuadas sobre su sentido y alcance, en especial en la tradición marxista, que es la que con más frecuencia ha acudido a él al momento del estudio de la sociedad. De todos modos, supone una manera de concebir la estructura social y los grupos sociales, según la cual el perfil y los contornos de estos descansan en una clave en última instancia económica. Desde otro ángulo, la noción de clase puede utilizarse (y se hace a menudo) como adjetivo más que como sustantivo; para referirse a cualidades personales y no para aludir a las características del grupo social al que pertenecen aquellos a los que se atribuyen

⁴ Es el caso del artículo de F. Korn, “La gente distinguida”, en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, 1983, t. II. Estas discusiones han sido retomadas recientemente, entre otros, por T. M. Edsall, *Elites, Oligarchs and Aristocrats: The Jockey Club of Buenos Aires and the Argentine Upper Classes, 1920-1940*, Tulane University, 1999; L. Losada, “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)”, *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 45, N° 180, enero-marzo, 2006.

⁵ Véase S. Gayol, “Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina 1887-1923”, *Anuario IEHS*, N° 14, 1999.

⁶ F. Rocchi, *Chimneys in the Desert. Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2006.

⁷ El trabajo puntal sobre los sectores populares es L. A. Romero y L. Gutiérrez, *Sectores populares y cultura política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Véase también S. Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000. Por su parte, la bibliografía sobre inmigración es prácticamente inabordable. Para una síntesis y balance sobre las principales discusiones, véanse F. Devoto, *Movimientos migratorios: historiografía y problemas*, Buenos Aires, CEAL, 1992; H. Otero, “Endogamia e integración de inmigrantes en la Argentina moderna. Balances y perspectivas desde un enfoque regional”, en M. Boleda y M. C. Mercado (comps.), *Seminario sobre población y sociedad en América Latina, 2000*, Asociación Argentino-Chilena de Estudios Históricos e Integración Cultural, CREDES, Universidad Nacional de Salta, 2001. Una visión global y en perspectiva sobre el fenómeno migratorio en F. Devoto, *Historia de la inmigración a la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

⁸ Véanse, entre otros, L. Davidoff, *The Best Circles*, Londres, The Cresset Library, 1986; D. Cannadine, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1990; L. Stone y J. C. Fawtier Stone, *An open elite? England 1540-1880*, Oxford University Press, 1986; W. D. Rubinstein, “Wealth, elites and class structure of Modern Britain”, *Past & Present*, N° 76, 1977; M. A. Banti, *Terra e denaro. Una borghesia padana dell’ Ottocento*, Venecia, Marsilio, 1989; A. L. Cardoza, *Aristocrats in Bourgeois Italy: The Piedmontese nobility, 1861-1930*, Cambridge University Press, 1997; M. Saint Martin, *L’Espace de la noblesse*, París, Métailie, 1993; E. Digby Baltzell, *Philadelphia Gentlemen. The Making of a National Upper Class*, Chicago, Quadrangle Books, 1971; B. G. Farrell, *Elite Families. Class and Power in Nineteenth Century Boston*, Nueva York, State University of New York Press, 1993; F. Cople Jaher, “Style and Status: High Society in Late Nineteenth Century New York”, en F. Cople Jaher (ed.), *The Rich, the Well Born and the Powerful. Elites and Upper Classes in History*, University of Illinois Press, 1973, pp. 258-284; F. Cople Jaher, “Nineteenth Century Elites in Boston and New York”, *Journal of Social History*, vol. 6, N° 1, 1972; M. Montgomery, “The Fruit that Hangs the Highest: Courtship and Chaperonage in New York High Society, 1880-1920”, *Journal of Family History*, vol. 21, N° 2, abril, 1996; J. Needell, *Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012; W. H. Beezley, *Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico*, University of Nebraska Press, 1989; M. Vicuña, *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001; M. R. Stábili, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 2003.

esas cualidades.⁹ Así sucede cuando se habla de “gente de clase alta” como un equivalente de lo “distinguido”, lo elegante o lo sofisticado. Para este período, sucede con el concepto *aristocracia*. Entre sus diversas connotaciones, se cuenta aquella que remite, más que a un origen social, a un estilo de vida. Y dado que ese estilo de vida y esta noción identitaria son ejes de este trabajo, como, en un nivel más global, lo es en qué medida, a qué ritmos, de qué manera, con qué grado de éxito, la alta sociedad logró convertirse, o no, en un círculo refinado y distinguido, no es una vía apropiada recurrir a expresiones y conceptos cuyas connotaciones parecieran dar una respuesta a esas preguntas por anticipado.

¿Por qué la opción, entonces, por *alta sociedad*? Esta denominación ha sido utilizada por varias de las investigaciones que han abordado la historia social de los sectores encumbrados del cambio de siglo en Occidente.¹⁰ La conveniencia de este concepto es que permite identificar un personaje en el marco de la vida social y considerar, a su vez, que el elenco que lo conforma puede estar recorrido por un grado significativo de heterogeneidad. Al hablar de alta sociedad se alude a un círculo de personas y familias que compartían ciertos rasgos sociales, sobre todo orígenes familiares anteriores a los cambios que se dieron en la Buenos Aires de fin de siglo, y roles o lugares destacados en el mundo económico, político o cultural de la ciudad de ese entonces. Con todo, la clave de la noción de alta sociedad es que esta es un grupo social porque sus miembros comparten una forma y un estilo de vida; un conjunto de pautas culturales, de ritos y de pasatiempos (definidos por el afán de distinción y de refinamiento), y ámbitos e instancias de sociabilidad con pretensiones de exclusividad. Ese universo social y cultural delineaba tonos identitarios, forjaba lazos de identificación entre sus integrantes, y creaba límites y fronteras de admisión, que hacían de la alta sociedad una élite (en el sentido de una minoría escogida) en la vida social de la Buenos Aires de la época, a pesar de que entre las familias que la integraban existieran a menudo diferencias en cuanto a sus grados de riqueza, de poder político o de sofisticación cultural. Familias que se encontrarían diferenciadas, o incluso enfrentadas, en lo referido a su lugar y a su desempeño en el rumbo y en los destinos del país (como miembros de las élites políticas, económicas o culturales del momento), formaban un grupo o un círculo con contornos definidos en el marco de la vida social. Los orígenes familiares, las tramas del parentesco, las referencias culturales y el mundo social constituían los denominadores comunes

por debajo de las divergencias y eran los aspectos que delineaban un personaje colectivo frente al resto de la sociedad.

El propósito de este libro, entonces, es conocer qué hizo y cómo hizo este círculo social para manifestar ante la sociedad el estatus de un grupo distinguido. Y más aún, por qué lo hizo, considerando que las formas de expresar estatus durante la *belle époque* fueron el fruto de un profundo cambio cultural con relación al pasado.

Para responder a estos interrogantes, la atención se concentrará en el mundo social de la alta sociedad (en los ámbitos y espacios de reunión, en las esferas de sociabilidad, en los lugares de recreo y de paseo) y en el estilo de vida (las aficiones, los consumos, los pasatiempos), dado que es a través de ellos que una persona o un grupo social manifiesta (o mejor aún, construye) su identidad ante los demás.

Se verá que las modas, usos y costumbres que se dieron en Buenos Aires lejos estuvieron de ser originales. Esto fue así porque las referencias sobre las que la alta sociedad porteña modeló sus conductas provinieron del exterior (de Europa), y porque la *belle époque* fue el momento culminante de la integración de la economía mundial, haciendo más rápida que en cualquier período anterior la difusión de tendencias y consumos entre distintas regiones del planeta. Los avances del capitalismo son clave para aprehender por qué se dio el abandono de los usos criollos y se los reemplazó por otros más cosmopolitas. El europeísmo del estilo de vida de las élites latinoamericanas de entonces es impensable sin tener en cuenta las densas y estrechas relaciones económicas que unieron al viejo y al nuevo mundo entre fines del siglo XIX y los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial.

Aquí, no obstante, se pondrá especial énfasis en remarcar que estas circunstancias externas deben evaluarse en relación con otras, internas o locales, cruciales para entender las particularidades que tuvo el estilo de vida de la alta sociedad porteña y el cambio cultural que lo acompañó. Se subrayará que este cambio cultural —el giro de lo criollo a lo cosmopolita, para decirlo en forma breve—, más allá de las tendencias internacionales del momento que lo alentaban (frutos de una época en la que Buenos Aires estuvo más cerca de Europa que nunca antes y en la que ser europeo era sinónimo de ser distinguido), respondió tanto a las presiones que emanaban de la sociedad como a la singularidad de la propia *high society*.

Buenos Aires era una sociedad republicana y sin jerarquías arraigadas incluso antes de las grandes transformaciones que la recorrieron en el fin de siglo. Al menos desde que se había convertido en capital del Virreinato del Río de la Plata en 1776, la ciudad estuvo (en una escala comparativamente menor a lo sucedido en el novecientos, pero aun así importante

⁹ Véase P. N. Furbank, *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

¹⁰ L. Davidoff, *op. cit.*; F. Cople Jaher, “Style and Status...”, *op. cit.*; M. Montgomery, *op. cit.*; M. Vicuña, *op. cit.*

en sus momentos respectivos) signada por periódicas renovaciones poblacionales, y por una importante movilidad social, en buena medida impulsada por la carestía de recursos humanos que la definió hasta las últimas décadas del siglo XIX. A esto se sumó una realidad política en la que los sectores populares, desde los mismos momentos de la independencia, tuvieron una participación activa, todo lo cual perfiló una sociedad en cuyo imaginario el igualitarismo y la falta de sólidas y perdurables nociones de jerarquía pasaron a ser rasgos emblemáticos.

Al mismo tiempo, a diferencia de otras realidades latinoamericanas, y, desde ya, de las europeas, los restos del Antiguo Régimen en Buenos Aires tuvieron corta vida a lo largo del siglo XIX. Y este aspecto se reflejaba en la cima de la pirámide social. La pureza de sangre, desde ya los títulos nobiliarios o incluso algo más modesto, como la descendencia de familias hispanas de cierto estatus (algo que sí podían acreditar, en alguna medida, las élites de otros países latinoamericanos como México o Perú), no eran credenciales que recubrieran a la alta sociedad porteña cuando se la miraba en conjunto (aunque algunas familias tuvieran pergaminos decorosos).

En consecuencia, en la Buenos Aires del novecientos, y a causa de su pasado y de las singularidades del escenario en el que vivía, la necesidad de los sectores encumbrados de edificarse como un grupo distinguido refinando sus gustos, sus pautas de relación social, sus pasatiempos y sus conductas, fue sensible. La élite aristocrática y afrancesada, alejada de los usos criollos y locales (esa imagen tan perdurable de la alta sociedad porteña del período) fue la respuesta frente a ese contexto.

Durante la *belle époque*, además, el interés por expresar estatus se acentuó porque la sociedad cambió sensiblemente. Su mismo tamaño —como el de su escenario, la ciudad— aumentó a raíz del crecimiento demográfico motorizado por la fenomenal inmigración europea ocurrida entre 1880 y el estallido de la guerra de 1914. Al mismo tiempo, se produjeron cambios sociales importantes, derivados de la acción del Estado o de la prosperidad económica. Entre ellos sobresalieron la mejora en el nivel educativo de la población o la expansión del consumo, que revolucionaron las expectativas y que sirvieron como palanca para la movilidad social de amplias franjas de la población, plafón sobre el que se fueron fraguando los sectores medios que serían una característica de larga duración a lo largo del siglo XX en la estructura social de Buenos Aires. La imagen de una “Argentina oligárquica” se desdibuja cuando se tienen en cuenta estas circunstancias. Si bien, es cierto, la posibilidad de ascender desde orígenes humildes hasta las cúpulas de la pirámide social fue cada vez más dificultosa a medida que la sociedad crecía y se volvía más compleja, la movilidad fue un signo de la época. No fue infrecuente que los integrantes de las

clases trabajadoras se convirtieran en propietarios de sus viviendas en el término de dos generaciones, o que los hijos de comerciantes modestos accedieran a un título universitario. La movilidad, o la expectativa de movilidad, hizo de la Buenos Aires del novecientos un escenario poroso, en cuyo seno las fronteras sociales se estaban edificando y recomponiendo constantemente. En semejante marco, el acceso a los capitales —culturales o económicos— que en principio hacían a un estatus distinguido (o al menos respetable) se amplió de manera inédita en comparación con períodos anteriores. De algún modo, todo gesto que hacía a lo elegante y al *bon ton* podía verse imitado o divulgado, volviendo a la construcción de una condición distinguida una tarea de reelaboración permanente y de reafirmación continua.

La alta sociedad debió afrontar durante la *belle époque* dos desafíos relacionados, aunque no necesariamente superpuestos. Por un lado, como ya se ha apuntado, debió educarse a sí misma, refinarse en todo sentido (esto es, desde sus gustos musicales, gastronómicos o artísticos hasta aspectos más prosaicos como los ademanes y los gestos), a fin de abandonar la rusticidad criolla que, vale subrayar, no solo se asentaba en falencias propias, sino también en la realidad en la que había vivido hasta mediados del siglo XIX, una ciudad teñida por el color local, por el provincianismo y el encierro periférico, que comenzó a desaparecer justamente a comienzos del período aquí elegido, a medida que la integración de la Argentina al mundo se fue consolidando. Si se quiere, este fue un proceso que se dio mirando más hacia adentro, es decir, el de una alta sociedad que, por distintas motivaciones (por querer aprovechar las oportunidades para conocer mundo que ofrecía una realidad inéditamente próspera; por pretender asumir, como grupo social, el tinte de civilización y de progreso que debía recubrir al conjunto de la sociedad), buscó despojarse de sus rasgos tradicionales y estar a la altura de los principales polos de referencia de su época (fundamentalmente Francia e Inglaterra). En segundo lugar, a medida que esa educación mundana iba tomando cuerpo, la élite debió afrontar los desafíos impuestos por una sociedad cambiante, cuyas jerarquías se veían cuestionadas por los efectos de la movilidad social o por la expansión de la educación o del consumo. Así, la metamorfosis que signó a la sociedad en la que la *high society* vivía condicionó los ritmos y los alcances de su educación mundana, empujándola en algunas ocasiones a una afectación tan poco conveniente como la rusticidad que había querido abandonar para mostrarse como un grupo verdaderamente sofisticado.

En relación con esto, conviene decir algunas palabras sobre el período elegido, a pesar de que las razones ya estén contenidas en lo dicho hasta aquí. Los años que se enmarcan entre 1880 y 1920 son un arco tempo-

ral de sumo interés, porque permiten ver el ocaso de un tipo de sociedad y el amanecer de otro. A principios de este período, la sociedad era aún preponderantemente criolla y su centro de gravedad estaba constituido por las élites nativas. Cuarenta años más tarde, la proporción de la población extranjera o que en su defecto tenía orígenes inmigratorios de una o dos generaciones era el cuadro predominante, mientras que los cambios acelerados a partir del ochenta habían hecho germinar grupos sociales inexistentes o de poco peso hasta entonces –como la clase obrera y los sectores medios–, poniendo fin a esa sociedad tradicional que giraba en torno a las élites criollas.¹¹ Es un arco temporal de la historia argentina que recorta un escenario en el cual el país regido por ellas alcanzó su punto culminante y que, a renglón seguido, llegó a su letargo inexorable. Es así un momento revelador para preguntarse cómo semejantes transformaciones impactaron sobre las formas de vida de los grupos encumbrados tradicionales.

Por otro lado, lo interesante del período es que, si el panorama que se abrió a partir del ochenta trajo una serie de cambios radicales, en un primer momento propició una estabilidad política y una bonanza económica –interrumpida traumática pero también brevemente por la crisis de 1890– también desconocidos hasta el momento, gracias a la consolidación de la autoridad del Estado en 1880 y a la integración de la Argentina a la economía mundial como exportador de materias primas. Los recambios políticos del ochenta modificaron la estructura de los círculos dominantes (por proyectar una clase política que no tenía sus principales anclajes en Buenos Aires, sino en el interior) pero también suavizaron los conflictos en comparación con los enfrentamientos y las luchas armadas que habían proliferado durante el siglo XIX. La prosperidad económica, por su parte, dio a las familias más pudientes una riqueza sin precedentes en un escenario en el que además las posibilidades de consumo alcanzaron un grado inusual. En otras palabras, el arco temporal que va de 1880 a los últimos años de la década de 1910 deparó a los sectores encumbrados incentivos y condicionamientos por igual que habían sido inexistentes –o poco relevantes– hasta esa fecha.

De este modo, la historia que se procura reconstruir en las páginas que siguen puede representarse en tres momentos, que son los que guiarán el análisis. Desde ya, dichas fases ilustran tendencias predominantes. Uno de los acentos de esta exploración consistirá en remarcar que esta fue una historia sinuosa más que lineal. Ello no obsta, sin embargo, que puedan

identificarse algunos marcos generales que encuadran la constitución, la consolidación y el ocaso de la alta sociedad de Buenos Aires a lo largo de la *belle époque*.

Un primer momento se delimita entre 1880 y 1900 aproximadamente, cuando cobra forma de manera paulatina, aunque pronunciada, un cambio importante en el funcionamiento y en la organización de la alta vida social, así como en las conductas de sus protagonistas. Se fueron afianzando relaciones y prácticas con una creciente y acentuada formalidad protocolar, y se postergaron las costumbres criollas a favor de un marcado cosmopolitismo, cuyas referencias centrales fueron el alto mundo parisino y londinense. En cierta medida, se coronó un proceso ya anunciado desde los años 1860, aunque a partir de la década de 1880 ganó una vitalidad y un alcance más profundos gracias a la estabilización sociopolítica y a la prosperidad económica. Fue asimismo un cambio cultural que no estuvo acompañado aún de una renovación de igual intensidad en los escenarios en que trascurría la vida social, o, mejor dicho, que fue cobrando forma antes de que aparecieran los ámbitos de sociabilidad distintivos de la auto-proclamada París del Plata.

Esto es lo que justamente sucedió en un segundo momento, que puede enmarcarse entre 1900 y mediados de los años 1910. Esta es la verdadera *belle époque*, la etapa de mayor esplendor de la alta sociedad de Buenos Aires, cuyo punto culminante estuvo enmarcado por el Centenario de la Revolución de Mayo. En estos años, las tendencias anunciadas en las últimas décadas del siglo XIX se consolidan y adquieren toda su magnificencia: es el momento en que se afianza la alta sociedad “aristocrática” signada por el lujo y el boato, pero también por la retención y el estiramiento en gestos, conductas y relaciones entre los sexos. Una “aristocracia” que dispone de escenarios a la altura de su garbo pretendido: el palacio del Jockey Club en la calle Florida, el Hipódromo, los parques de Palermo, el nuevo Teatro Colón, los palacios de Plaza San Martín, Barrio Norte y de manera más incipiente, Recoleta. Es el período en que, a su vez, la alta sociedad adquiere su mayor relevancia como el centro de todas las miradas, como el grupo de referencia en lo relativo a modales, gustos y aficiones para quienes aspiraban a construir un estatus prestigioso.

El tercer momento, finalmente, gana consistencia con la primera posguerra y encuentra su sello distintivo en la progresiva pero igualmente visible erosión de los cánones del novecientos. Así ocurrió por la acción de cambios en modas, conductas y consumos, definidos ahora por la liberalidad –en contraposición con el estiramiento del período anterior–, los cuales, al entrañar el desdibujamiento de las pautas del alto mundo social del cambio de siglo, se consideraron atentatorios de la distinción y del refina-

¹¹ C. Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

miento. Es un momento en que, a su vez, su papel como “modelo a imitar”, si no se opaca de forma absoluta, sí se reconfigura sustancialmente al compás de la mayor complejidad de la sociedad y de la aparición de sectores medios que cambiaron su percepción sobre este círculo y su modo de vida como referencias a seguir para obtener un alto estatus o para edificar reconocimiento social. A raíz de este proceso, en consecuencia, ya no solo el modo de vida, sino el mismo lugar de la *high society* en la sociedad se desdibujó poniendo fin a su momento de auge.

Este será el recorrido a atravesar en las páginas que siguen, estructurado en un conjunto de capítulos abocados cada uno de ellos a una serie de problemas específicos, los cuales, reunidos, permitirán reconstruir la historia de la alta sociedad en la vuelta del siglo XIX al XX.

En el capítulo I el eje es la composición de la alta sociedad de Buenos Aires, cómo se fue conformando históricamente el personaje que cobra visibilidad en el novecientos. Junto a su composición, allí también se analizará cómo se relacionaron sus integrantes, destacando en este sentido el papel que jugaron el mercado matrimonial y los lazos de parentesco.

Una vez identificado el personaje, el capítulo II se focaliza en los lugares en que vivió y se movió. Es decir, las zonas de la ciudad, los núcleos residenciales y las casas en que habitó la élite, abordando no solo dónde sino también cómo vivieron las franjas más acomodadas de Buenos Aires durante estos años.

Los capítulos III, IV y V estudian el mundo social y el universo cultural. En el III se explorarán las convenciones sociales que pendían sobre hombres y mujeres. Se analizará cómo se ejercían los roles familiares (qué implicaba ser padre, madre e hijo o hija en la alta sociedad) y cómo eran las relaciones de familia, así como los horizontes “bien vistos” para damas y caballeros. Y, desde ya, la medida en que esos horizontes bien vistos fueron aceptados y respetados, o en todo caso, qué grados de libertad se conjugaban detrás de las censuras imperantes, como también qué presiones generaban las aparentes libertades disponibles.

El capítulo IV se detiene más específicamente en las características que asumió el estilo de vida de la alta sociedad a lo largo de la *belle époque* en búsqueda de ese refinamiento que la alejara, a un tiempo, de su pasado y de los advenedizos, y que, además, le permitiera disfrutar del floreciente escenario del cambio de siglo. Se retratarán los espacios y las actividades a través de las cuales el refinamiento cosmopolita de la *high life* fue tomando forma o, en todo caso, se fue manifestando. Las temporadas en el viejo continente, los salones y los clubes, los códigos de etiqueta, los deportes y los consumos (el vestuario, la comida, las artes) serán así los ejes de este capítulo.

El V, en cambio, se detiene en aquellas instancias en las que la alta sociedad abordó dos tareas esenciales, expresar su condición distinguida frente al resto de la sociedad, y asegurar su reproducción como grupo. Así, uno de los ejes serán los ritos colectivos mediante los cuales manifestó su estatus en público, como bodas, funerales y paseos, en los que, a su vez, se advierte la sofisticación de conductas y las aspiraciones cosmopolitas tratadas en el capítulo IV. En segundo lugar, el acento se desplaza hacia los ritos vinculados a la dinámica interna de la alta sociedad, en dos sentidos. Por un lado, analizando las competencias que la recorrían en su interior, a raíz de las distintas nociones que hubo entre sus integrantes sobre qué era ser distinguido y de las aspiraciones a coronar un destacado estatus inter pares. Y, en otro plano, se atenderá a los mecanismos que facilitaron que la alta sociedad, a pesar de los cambios de la época, lograra desenvolver la reproducción social fronteras adentro de sus propias filas.

En el capítulo VI la mirada se desplaza hacia los retratos que se hicieron de ella. Es decir, se analiza el alcance de sus pretensiones aristocráticas y distinguidas a partir de la opinión que estas merecieron de distintos evaluadores contemporáneos, como los visitantes extranjeros (especialmente interesantes, pues provenían de aquellos países que habían sido referencias para la alta sociedad —como Francia o Inglaterra—) y la prensa. Así, se explorará la relación entre el periodismo y la alta sociedad, debido a que estuvo, en efecto, recubierta de matices. Por un lado, la prensa coadyuvó a que se convirtiera en un grupo distinguido al presentarla como tal, a través de las columnas dedicadas a cubrir la *high life*. Pero, al mismo tiempo, contribuyó a que su vida privada, y sus criterios y cánones de conducta, sus aficiones y sus pasatiempos, tuvieran una importante divulgación, alentando así, o al menos posibilitando, las imitaciones de quienes aspiraban a identificarse con la élite. La prensa permite ver, en ese sentido, que la dificultad para retener exclusividades en la Buenos Aires del novecientos no solo se derivó de los cambios de la sociedad, sino también, y sobre todo, del rol que en ella jugó la alta sociedad como modelo a seguir para edificar reconocimiento y prestigio. Los principales medios periodísticos, por lo demás, permiten advertir que el estilo de vida “aristocrático” podía desacreditarla frente a la sociedad, a raíz de las censuras que despertaban las a menudo rumbosas, ociosas y despilfarradoras conductas de sus integrantes.

Finalmente, el capítulo VII se aboca a analizar cómo entró en una inexorable descomposición el mundo aristocrático al culminar la *belle époque* en los años de posguerra. Por entonces, se produjo un nuevo y sensible cambio en las conductas, gustos y aficiones, y, a su vez, se desdibujó su estatura como faro sociocultural. Al desmantelarse el universo caracterís-

tico del cambio de siglo y al delinarse el eclipse de su lugar en la sociedad, el puente de la década de 1910 a la de 1920 enmarca el final de esta historia. El libro se cierra con unas conclusiones en las que se traza un balance global de lo explorado a lo largo de los capítulos, poniéndolo en perspectiva con las tendencias y las transformaciones más amplias que recorrieron al conjunto de la sociedad a lo largo del período. También se esboza cómo puede rastrearse en su momento de mayor apogeo la raíz del desplazamiento que afectó en las décadas siguientes al círculo de la alta sociedad en su papel sobre los rumbos del país.

I

¿Quiénes eran? La composición de la alta sociedad

La aristocracia en la Argentina es una clase que impropriamente se podría denominar de nacimiento solamente [...] La raza se ha ido formando con el tiempo, por la selección, por la vinculación de elementos que subieron por el esfuerzo propio la escala social a los que trasladaron de la metrópoli su nobleza [...]

[...] la aristocracia porteña, compuesta de elementos que figuraron en la independencia, en las guerras civiles subsiguientes y en la administración posterior, y que se enriquecieron por la pujanza de la industria pastoril y agrícola, nunca receló de recibir en su seno los inmigrantes que se iban distinguiendo por el talento o por la felicidad, por la audacia de las concepciones o por la sonrisa de la suerte.

MANUEL DE OLIVEIRA LIMA, *En la Argentina (Impresiones de 1918-1919)*, 1920

¿Quiénes integraron la alta sociedad en la Buenos Aires de la *belle époque*? Identificar el universo social que se analiza a lo largo de este libro es un punto de partida ineludible.

Las palabras del diplomático brasileño Manuel de Oliveira Lima expuestas en el epígrafe dan una buena pista para ensayar una respuesta. Si se leen sus párrafos con atención se advierte una diversidad bastante notoria. Por un lado, menciona a aquellos que habían “trasladado desde la metrópoli su nobleza”, una forma elegante de referirse a los integrantes de la “aristocracia” porteña cuyos ascendientes se remontaban al período colonial. Por otro, se sumaban quienes “subieron por el esfuerzo propio la escala social”, es decir, aquellas familias cuyos fundadores no habían tenido, desde un principio (fuera cual fuese el momento en que ese principio se situara), posiciones de gravitación o de influencia. Por ello la alta sociedad no era de “nacimiento solamente”, sino constituida a través del “tiempo, por la selección [y] por la vinculación de elementos”.